

Polos opuestos

por Eduardo Zorita

CASTILLO DE NAIPES



El nuevo presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, parece tener toda la intención de paralizar las medidas legislativas para limitar las emisiones de dióxido de carbono que había puesto en marcha el anterior presidente, Barack Obama. Para todos los que estamos convencidos que estas emisiones deben reducirse, éstas no son buenas noticias. Sin embargo, también debemos hacer un ejercicio de autocritica sobre la estrategia que tanto los estamentos científicos como las organizaciones ecologistas han adoptado desde la cumbre de Rio hace ya 25 años. Esta estrategia ha consistido *grosso modo* en comunicar más o menos agresivamente a los estamentos políticos las bases científicas del cambio climático de origen antropogénico - por ejemplo a través de la serie de informes del IPCC - para convencerles de la necesidad de adoptar medidas legislativas con el objetivo de subvencionar las energías renovables y de penalizar fiscalmente las fuentes de energías fósiles. Desde la perspectiva de estos 25 años, las emisiones globales de dióxido de carbono han mantenido aproximadamente el mismo ritmo de crecimiento y solamente en algunas regiones, estas emisiones han dejado de crecer por factores ajenos a esta estrategia. Por ejemplo, en Europa el colapso económico del antiguo bloque soviético y, en los Estados Unidos, la aparición de nuevas tecnologías para la extracción de gas natural que ha sustituido a otras fuentes de energía más contaminantes.

Esta estrategia que podemos denominar '*legislativa*', solo puede tener éxito si se consigue un tratado global de limitación de emisiones por un periodo de varias décadas. Si nos encontráramos por un momento a principios del siglo XX y conociendo la historia posterior, ¿consideraríamos realista la consecución de un acuerdo internacional de estas características y de una duración de al menos 50 años? Probablemente no. La geopolítica es demasiado inestable para poder dejar en sus manos el futuro del clima de la Tierra. Sin embargo, hay otra vía posible que, aunque tampoco garantiza el éxito, podría haberse explorado. Dicha vía alternativa, presentada por ejemplo en los documentos Hartwell y de una manera más telegénica por Börn Lomborg, podría describirse como '*tecnológica*', y se fundamenta en el convencimiento de que una vez que la producción, almacenamiento y distribución de electricidad a partir de energías alternativas sea competitiva sin necesidad de subsidios frente a las energías tradicionales, aquellas serían adoptadas espontáneamente y de forma permanente, sin estar expuestas a vaivenes electorales. El expresidente Obama, en su primer mandato, apoyó esta vía junto con su ministro de energía y premio Nobel de Física Steven Chu, al poner en marcha un programa de investigación en baterías para el almacenamiento de energía eléctrica, que es uno de los principales cuellos de botella que impide una utilización de la electricidad en sectores como el transporte, que consumen una gran proporción de la energía primaria. Nos podríamos preguntar cómo hubiera sido el desarrollo de las políticas climáticas si hace 25 años se hubieran comenzado programas específicos de investigación, públicos y privados, para resolver un problema que, además de sus implicaciones políticas, tiene un fuerte componente tecnológico. Naturalmente, nadie podría garantizar el éxito. Otros programas similares, por ejemplo el de investigación contra el cáncer, han tenido menos éxito y han necesitado más tiempo del que se preveía en su comienzo. Sin embargo, no nos damos cuenta de otros ejemplos, como la telefonía móvil e Internet, que han transformado nuestra vida diaria de una forma casi subliminal. Hoy en día, sería impensable que un cambio político pudiera impedir el uso de la telefonía móvil. Si las energías alternativas se encontraran en un estado similar de desarrollo, ningún Trump podría revertirlas de un plumazo.